

The background of the cover is a painting of a rural scene. It features a weathered stone wall with a red-tiled roof. A large tree with yellow and green leaves hangs over the wall. In the foreground, there is a dirt path leading towards the wall, with some green plants and a small white object on the ground.

**A LA VERA DEL CAMINO**  
*Fragmentos literarios*

**Margarito López Ramírez**

Colección  
Huentli III



Diseño de la portada: Ma. del Carmen Vergara Aburto

Viñetas de Rubén Iglesias Segrera

Primera edición, 2014

Derechos reservados del autor

Impreso y hecho en México

A LA VERA DEL CAMINO...  
*Fragmentos literarios*

Margarito López Ramírez

Colección  
Huentli III



*Se valora la Solidaridad de:*

*José Silva Aguíñiga*

*Alberto Díaz Bello*

*Rubén Darío Piza Romano*

*Jesús Jaimes Valenzo*

*J. Trinidad Toledo Rodríguez*



## INDICE

Bello Rincón .....	9
Concho Terensio .....	15
Confesiones de Chaval .....	19
La María .....	29
Preciosa .....	35
Confidencia .....	39
La Abuela Zenaida .....	45
Tatagüelo .....	51
Dominga .....	55
El Adiós .....	59
Dios No Cumple Antojos .....	63
Tamitos .....	69
El Jardín .....	73
Doña Leopolda .....	79
<i>Mostrenco</i> .....	85





## BELLO RINCÓN...

“... El caserío, emerge entre la neblina que transita como vaho blanquecino y asoma sus techos cubiertos de tejas que semejan cordones rojizos asidos a caballetes; flotan en el ambiente humillos con sabor a picante y masa en cocimiento.

“... En los jolgorios ha quedado como costumbre que de entrada y más cuando es cumpleaños el motivo, los que llevan

la cuelga empiecen a cantar: “*desde lejos he venido brincando los tepanoles, sólo por venir a ver las ollotas de pozole.*”

“... Pudiera decirse que es un pueblo como otros que hay por esta región, pero no es así, éste es distinto. La parte central en donde hay zócalo y capilla está situada en la cima de un montículo; sus calles y callejuelas son como raíces de un enorme árbol truncado que se aferra a la tierra en busca de sustento; su gente es amistosa, abierta y muy dada a ofrecer su hogar para un descanso necesario. En lo que sí se parece a otros, es en eso de *que pueblo chico, chisme grande.*”

“... Es un pueblo pachanguero al que concurre la gente de otros lugares. Aquí cuando no es víspera, es día de festejo de algún santo u *ochavario* de algo relacionado con sus barros tradicionales.

“... El ornamento con papelería crepé, así como arcos y postines hechos de flores,

hojas y varas verdes, el paseo de mayordomías, encuentros con desfiles de bandas y la algarabía que trae consigo el chile frito y el tronar de cohetería, son pan de cada día. Hay constantes peregrinaciones de gente devota que deja su casa y demás cosas que quiere para concurrir a venerar a la santa patrona de este lugar. Su feria se ve concurrida por personas fuereñas que trae ofrendas: flores, cirios y en ocasiones animales, maíz, fríjol y otros productos que dan en llamar diezmo. Las plazuelas que están frente a las capillas en los barrios, se llenan de juegos mecánicos, vendedores de artesanías y antojitos. Al anoecer, cuando han cesado los sonidos armoniosos de la flauta y *tamborilla* que anuncian el porrazo de tigres escenificado por hombres que miden sus fuerzas y habilidad luchadora, como un acto de magia revestido de esplendor, se ilumina el cielo con fuegos artificiales, la cohetería estalla y provoca exclamaciones

de asombro y alegría al tiempo que se oye el jolgorio que arman músicos y bailadores de tarima y resuena la cantaleta de quien pregona las cartas de la lotería: “el que le cantó a San Pedro (el gallo), el que goza de dos cueros (el tambor), larga, gruesa y cabezona (la garza), la cobija de los pobres (el sol), valiente con la mujeres (valiente).

“... Es un pueblo folclórico”, dicen quienes vienen de visita, un lugar con ambiente que invita a regresar, provincia bañada de sol, terruño con quietud y sabor a campo. Aunque mucho de ello se ha ido perdiendo al transcurrir el tiempo y es notoria la presencia de personas extrañas que han influido en el trato que se daba antaño entre los habitantes, se le sigue considerando un lugar como ya pocos hay, un pueblo con rumbo, solar de paisajes: huertos, sembradíos que semejan tapiz de verdor y colorido diversos, casas y chozas confortables, calles y callejuelas

recubiertas de cantos y lajas por donde se va y viene llevando alegría, trayendo tristeza, y también amores y desamores, que son; como bálsamos de vida, como designios inexorable.

“... Cuando se ha nacido y vivido en este pueblo ya no se le quiere abandonar, y quienes por buscar el sustento lo abandonan, al transcurrir los años, regresan reverentes, con más amor y veneración a todo cuanto de él se conoció y dio sustento. ..”





## ***CONCHO TERENSIO***

“... El tal Terensio, desde su nacencia traía aires de complicado que no se pueden olvidar fácilmente. Para empezar, cuenta la tía Chona que a ella y al doctorcito que vino de la capital les dio mucho trabajo traerlo al mundo, dizque el pinche chamaco traía el cordón umbilical enredado en el pescuezo.

“... Desde que tuvo sus primeros años se empezó a comentar sobre su persona; entre lo que más se le achacaba, y que me consta, le puedo decir:

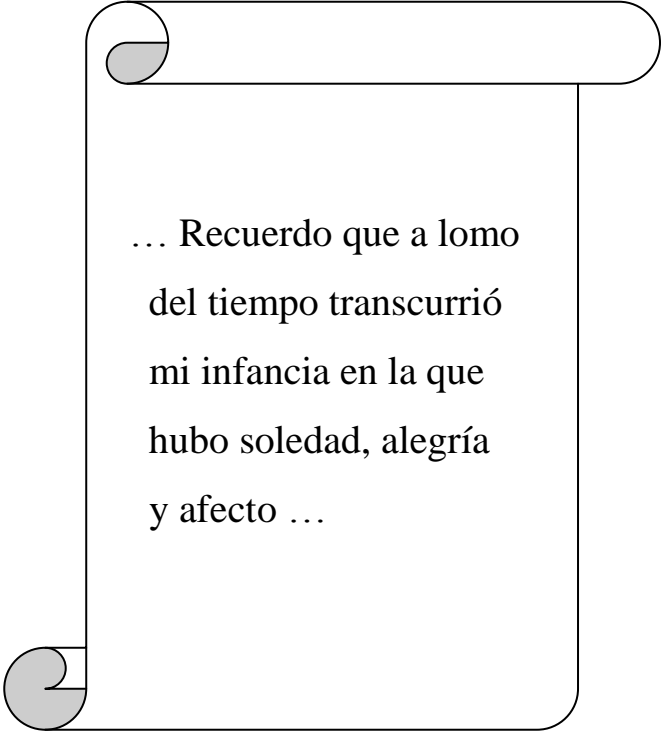
“... Primero, que tenía la “sombra pesadas”, por aquello de que “mataba”, por decir así, a sus hermanos menores que murieron inexplicablemente: uno de tiricia, otro de espinilla y el último, creo que de chorrillo amarillo; mientras que el muy cabrón se veía lleno de vida. Esto motivó que se quedara como hijo único, y con todo el cariño de J. Concepción y de Teresa.

“... Otra cosa que le puedo informar de Terensio, es que sabía echar *mal de ojo*...



“... Y, por si se imagina que son puros cuentos; ahí le va algo de ello: a la hija de Malaquíás Palomero, *la pichotita*, a quien no quisieron que Terensio la tocara porque podía ensuciarla con las manos que dizque mugrosas, fue necesario que don Tobías Panchito le rezara magníficas, avemarías y padrenuestras, que la rociara con mezcal y la sobara con flores de pericón... A don Cástulo reyes le secó un árbol limonero con sólo decirle en tono burlón: “don Casto, se le va a secar el palito...”

“... Ni para dudarlo: el tal Terensio, desde su nacencia traía aires de complicado... Muy complicado...”

A decorative scroll-like frame with a black outline and rounded corners. The top and bottom edges are slightly curved, and the left and right edges are straight. The frame is open on the left side, with two circular elements at the top and bottom corners, resembling the ends of a scroll. The text is centered within the frame.

... Recuerdo que a lomo  
del tiempo transcurrió  
mi infancia en la que  
hubo soledad, alegría  
y afecto ...



## **CONFESIONES DE CHAVAL...**

No sabría decir ni cómo ni cuándo fue mi arribo a La Casona. Nadie me lo ha explicado. Más tarde intuí algo de ello pero no me atrajo la idea de escarbar en el tapiz de un hecho que comúnmente debía interesarme. Preferí quedarme con la imagen esparcida por mi tía, y apegarme a sus sentimientos. Recuerdo que a lomo del tiempo transcurrió mi infancia en la que hubo soledad, alegría y afecto

surgidos en ese andar que se dio de las camas colocadas en los cuartos de ellas a los demás espacios de la casa y viceversa. Mi evocación incluye mi transitar en El Pabellón de los Gemidos, algo que viví plácidamente hasta arribar al umbral de la edad de mis inquietudes que tomaron por sorpresa a mi tía, provocándole preocupaciones y dudas de cómo debería afrontar o conducir mi comportamiento impredecible y locuaz de chaval.

Ahora me doy cuenta de que aun en medio de su ajetreada existencia, mi Tía me hizo depositario de sus afectos y actitudes como si hubiese sido su hijo. Cuán preocupada estaría por mi manera de conducirme en ese ambiente en el que ella ponía y disponía que la llevó a buscar el consejo del señor cura, la opinión del hombre con quien vivía en aquel entonces, la de algunos militares que la visitaban, y de todas aquellas personas de su confianza. El producto de su consulta

arrojó una mezcla de disposiciones que pretendieron mantenerme en un estado de recluta confinado al aislamiento y a la abstención. Se me prohibió transitar por las áreas en donde convivían y trabajaban las muchachas; no debería, se me dijo, platicar con ellas; evitaría conversación alguna con los clientes que entraban a diario a La Casona. Mis desplazamientos se circunscribirían a lo que era el jardín y el traspatio que colinda con una recámara, una estancia comedor y el cuarto en donde está el Adoratorio erigido a los santos de mi tía a los que les arribaba veladoras, candiles y un florero con la cantidad de rosas rojas equivalente al número de muchachas que trabajarían con ella en la tarea nocturna que estaba por venir...

La primera noche de mi aislamiento, no encontré sosiego. Al otro lado de la gruesa pared que delimitaba mi dormitorio, estuvo esa boruca y el trajinar

que formó parte de lo que percibí desde mis primeros años de vida. Imaginé el salón de espera en el que ellas se mostraban complacientes, la barra con tomadores solitarios o con pareja en animada conversación, y los músicos con sus atuendos llamativos conduciendo con la ejecución de sus instrumentos el vaivén de cuerpos que se apretujaban uno a otro. En otro momento cerré los ojos y me pareció ver la *rockola* de portada y luces multicolores, un armatoste atragantado con monedas que esparcía ecos de la canción preferida o aquélla que más se ajustaba a la embriaguez de alguien que la operaba al tiempo que la abrazaba. En mi insomnio, partiendo de que las chavalas de mi tía, despojadas de pudores o sentimentalismos, eran artífices, verdaderas embaucadoras, poseedoras de habilidades necesarias en el oficio que las ocupaba; calculé y me dije para mis adentros: “¿cuántos viajes habrán realizado al Pabellón de los Gemidos, la

Bibys, la Zancona, la Coyota, y demás muchachas en quienes mi tía deposita su esperanza para lograr una noche productiva?”

Cuando estuve consciente de lo que sería mi entorno, más que encorajinarme, urdí un plan para encontrar oportunidades que me permitiera inmiscuirme nuevamente en ese ambiente en el que me había criado. Tomé consciencia de ese ir y venir que en el ayer reciente no había tenido mayor relevancia en mí. Escalé paredes, violé candados y propicié complicidades con la servidumbre para visualizar en retazos de tiempo lo que se daba en ese entorno; hurgué a conciencia lo que se hacía en La Casa de tía Pola; actué como si fuera un extraño que por primera vez se asomaba a ese ambiente que atraía a los hombres y los hacía venir de distintos lugares. Fue así como encontré atractivo al bullicio que noche a noche se creaba en el salón de baile y en los corredores en

donde convivían entremezclados ellos y ellas. Fue así como adquirió relevancia el hecho de ver a las muchachas con vestidos cortos y escotes holgados, labios delineados con rojo carmesí, cabelleras dóciles al viento, miradas febriles, y ese hablar y andar matizado de coquetería. Fue así que percibí el olor de sus cuerpos y aromas que despertaron inquietud en mí y me indujeron a procurarme desahogos que si bien es cierto que me avergonzaban, me ayudaban a dormir y ser, en apariencia, obediente a las disposiciones de mi tía. Fue así que vino lo que tuvo que venir, y llegó la sensación de mi masculinidad iniciada con La Moñitos a quien, desde tiempo atrás cuando yo deambulaba libre en La Casona, le había dado por jugar con las partes íntimas de mi cuerpo propiciándome alborotos. Fue así que noche a noche, me dio por frecuentar El Pabellón de los Gemidos, y fui de cuarto en cuarto, como cuando ellas, en razón de



mis pocos años, me llevaban en sus brazos. Fue así que forniqué a más no poder hasta que mi tía me sacó de entre las piernas de la Zacatonta, mujer hermosa a quien de inmediato condujo a la puerta de la Casona y, con un “...que Dios te bendiga...”, la puso en medio de la calle sin importar mis súplicas, sin tomar en cuenta que la necesitaba y quería mucho.

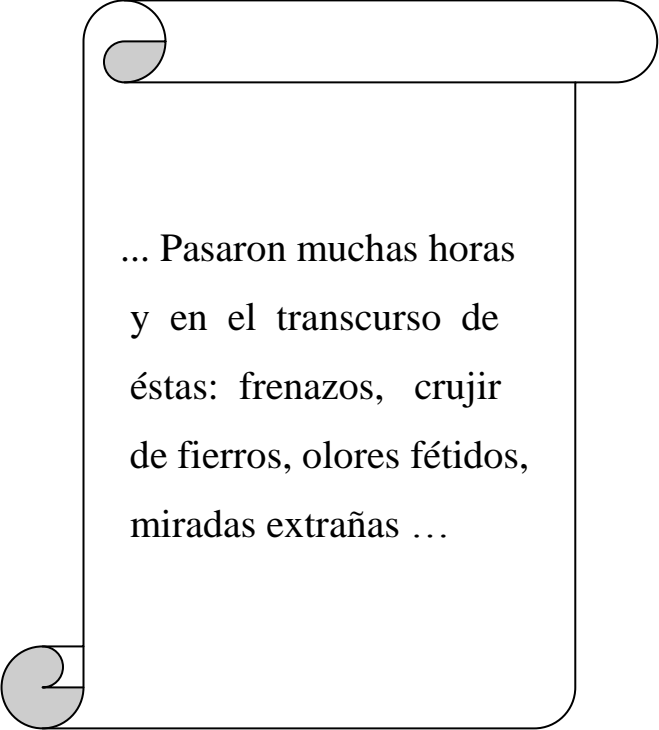
Instantes después, cuando aún no arribaba la luz solar, en el amanecer, el hombre que vivía con mi Tía Pola, rumoreó: “...les va ir como en feria,... las reunió en El Salón de las convivencias...”. Desde mi confinamiento imaginé la regañina que les estaría dando y las preguntas que les haría al tiempo que la servidumbre montaba alambradas sobre paredes y reforzaba puertas y candados.

Todo se realizó en una jornada llena de ajetreos pero no alteró la rutina de las muchachas de doña Pola, como las

llamaban en el pueblo: hubo rejuego en la cocina y no faltaron quienes acudieron al bar en busca de fluidos reconfortantes. Después, salvo algunas que deambulaban como si fuesen en busca de algo o nada, la mayoría de ellas reconciliaron sus cansancios en la hilera de cuartos existentes en el interior del Salón de los Gemidos. También mi tía se escabulló, se fue a su habitación, al cuarto de Los Floripondios, caminaba jocosa como si nada malo hubiese pasado. Iba abrazando a su hombre. Transcurrió el día sin mayor sobresalto que el habido en el amanecer. Después, antes de iniciar en sus quehaceres nocturno que la mantendrían ocupada, mi Tía vino a mí, me dijo muchas cosas relacionadas con mi comportamiento, y lo que quería para mí, pero ignoré su perorata. Mientras hablaba con acento de enojo y en veces sonriente para conmovirme, mi mente deambulaba por los recovecos y estancias de La casona, transitó hasta hacer contacto con

el cuerpo de ellas que, para esa hora de la noche, posiblemente estarían desnudas simulando o disfrutando un orgasmo ante quien poco o nada les importaba.

Hoy, cuando el tiempo se me ha venido encima, no lo haría así: la escucharía, la atendería, la entendería y la obedecería. Algo hay en mí de remordimiento, pero de lo vivido con ellas, no tengo ni pizca de arrepentimiento.

A decorative scroll-like frame with a black outline and rounded corners. The top and bottom edges are slightly curved, and the left and right edges are straight. The frame is open on the left side, with the top and bottom edges curving inward to form a scroll-like shape. The text is centered within the frame.

... Pasaron muchas horas  
y en el transcurso de  
éstas: frenazos, crujir  
de fierros, olores fétidos,  
miradas extrañas ...



## “LA MARÍA”

El día viernes, aunque a ella le habían dicho que era de *malagüero* viajar, salió de su tierra montañosa. De entre veinte casas la suya quedó abandonada. Caminó rumbo a la carretera que se veía allá a lo lejos como culebra gris que se alarga entre pequeños valles, faldas y lomeríos.

Avanzó presurosa mientras cargaba a su hijo de tres meses, y jalaba a dos más que difícilmente la seguían. Un yagual sobre su cabeza amortiguaba el peso de un *chiquihuite* que contenía un bule con agua y memelas de maíz morado que le servirían para apaciguar el hambre durante el tiempo que durara la búsqueda de su marido, su “Ginio” que seis meses atrás había encaminado sus pasos rumbo a la ciudad para emplearse como peón.

En tanto que el olor agradable de las resinas de *copalhuites*, *tepehuajes* y *titlatías* penetraban por los poros de sus cuerpos *titiritantes*, sus pies descalzos al igual que los de sus hijos palpaban la frescura de la tierra empapada por el *tlapayautli* mañanero de ese día.

Descendió. Bajó al llano. Era la primera vez que lo hacía. Su figura de princesa del paisaje montañoso, cambiaba; dejaba la grandiosidad de su reinado por el espejismo de la ciudad.

Su tragedia inició cuando llegó a la terracería en donde transitaban polvorientos los autobuses que cubrían esa ruta. Repentinamente apareció uno de ellos que era conducido velozmente. Dado que no sabía cómo detenerlo, sorpresivamente, con los ojos cerrados y las piernas temblorosas, se colocó en medio de la carretera. Se escuchó un chirrear de llantas y fierros al tiempo que los pasajeros experimentaba un sacudión que los obligó a gritar. El conductor se encolerizó y lanzó maldiciones impregnadas de palabras soeces. Finalmente permitió que abordaran su máquina rodante.

María, a manera de adiós, miró extasiada el humillo que se alzaba en lo alto de su terruño. Después, el gemido de sus vástagos llenos de pavor la obligó a abandonar la visión de aquel paisaje. Pasaron muchas horas y en el transcurso de éstas: frenazos, crujir de fierros, olores

fétidos, miradas extrañas y música estridente proveniente de la radio, la atosigaron. Qué distinto era aquello: carente de remanso y silencios habidos en su montaña.

Muy noche llegó a su destino. Descendió del vehículo y al primer individuo que encontró con aspecto de paisano le preguntó si había visto o conocía a su “Ginio”. El hombre apenas si la miró; silencioso y desentendido prosiguió su camino. Después intentó recabar información de otras personas pero nadie le dio razón. Nadie conocía a su marido Higinio. Había comenzado su peregrinar. Esa noche sus angustiados hijos y ella se arrinconaron en el quicio de una vieja puerta. Semejaban montón de incongruencias reconciliadas con el dolor y la incertidumbre. Empezaba a conocer la urbe, y en ella la sensación de abandono, indiferencia, abuso y soledad.



Tiempo después se le miró en las banquetas: yacía sentada, triste, agotada y acosada por sus hijos que pedían algo para mitigar su hambre. La actitud de ellos era similar a la que asumían cuando estaban en su añorado jacal montañoso, pero sus cuerpos no encontraban sosiego: eran nidal de sufrimientos.

Los siguientes días caminaron como sonámbulos por las aceras. María, cansada de preguntar por su “Ginio”, y agotadas sus provisiones, se vio obligada a estirar la mano en actitud suplicante hasta que alguien le otorgó una moneda. Encontró el camino para menguar el hambre. Aunada a su actitud sumó la de sus hijos mayores quienes, ante los transeúntes y a la par de mostrar sus harapos, externaban expresiones pedigueñas en tono lastimero.

Ahora a ella a María se le reconoce como “La María”. Ya no es princesa del paisaje. Es vendedora de objetos ajenos a su

manera de ser y pensar. Atrás quedó la grandeza que le daba su montaña, esa montaña que aunque inhóspita le prodigaba sustento, frescura de tierra surcada por arroyuelos, vientos del monte y lluvias de temporal; como atrás quedó el recuerdo de su “Ginio” que se desvaneció paulatinamente en la bruma de la desesperanza.

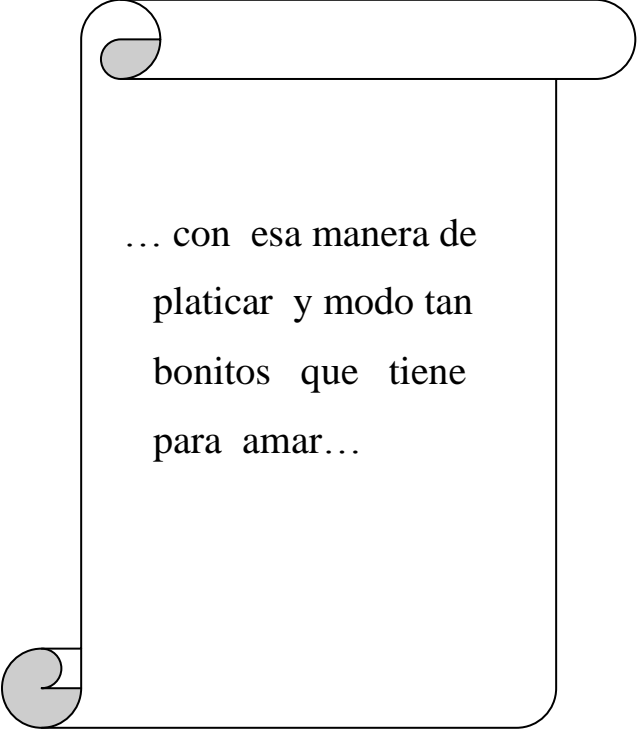


## **PRECIOSA...**

“... Don Fabián la observa con disimulo para no lastimar su pudor: la vestimenta deja entrever su piel blanca castigada por

las inclemencias del tiempo; la mayor parte de su pelaje rubio y lacio descansa sobre hombros y espalda de moldeado fino, otros cabellos, muy escasos, le cubren parte de la cara como si pretendiesen ocultar lo azul de sus ojos que, no obstante estar impregnados de visos de tristeza, irradian hermosura. El escudriño hecho por el hombre añoso se detiene sobre el tabique nasal que configura una nariz diminuta pero portentosa. Advierte ese perfil bello, fino, atrayente... Observa la boca, no grande, no pequeña de labios carnosos delimitados por comisuras de configuración simétrica que descansa sobre una barbilla de recatada saliente. “Es aún muy bella” –murmura-. En la culminación de su escudriño dimensiona la complexión muscular de ese cuerpo que acusa ayunos y maltrato al tiempo que se dice a sí mismo: “si aun con vestigios de abusos y ultrajes saltan a la vista finuras e irradia belleza, ¿cómo

habrá sido en sus buenos tiempos?, ¡muy bonita!, seguramente muy preciosa -se contesta a sí mismo-. Dichosos aquéllos que disfrutaron de sus favores amorosos...” –un suspiro prolongado lo aviva y vincula a sus recuerdos proveniente de sus andanzas de joven atrabancado y enamorado; una retahíla de nombres de hembras y vivencias lo estimulan, al tiempo que evoca y con ello vive y revive sus querencias olvidando momentáneamente sus dolencias de viejo...”

A graphic of a scroll with a white background and a black outline. The top and bottom edges are rounded, and the left edge is also rounded. The scroll is partially unrolled, with the top and bottom edges showing a grey shadow. The text is centered within the scroll.

... con esa manera de  
platicar y modo tan  
bonitos que tiene  
para amar...



## CONFIDENCIA

“...Sí habré de decirles la verdad –dirá con emocionado acento–: sepan que luego

sentí que se iba. De esto que les cuento ya hace mucho tiempo que sucedió. Creo que desde que se formalizó lo nuestro, lo digo por aquello de su repentina indiferencia, su carácter cambiado, decir alborotado que le brotó como hierba de monte en temporal, y más todavía, por las amalhayas que le afloraron en la boca; creo que motivadas por la pobreza, mi pobreza, misma que no se las calló, y sí restregó en mi cara como para que me fastidiara de ella. Claro sentí que eso pretendía, entendí que deseaba deshacer lo acordado, principalmente lo convenido con sus tatas y con los míos. Sin embargo, a pesar de ello la seguí queriendo. Y es que no es para menos, con esa manera de platicar y modo tan bonitos que tiene para amar, ¡quién no!..

“... Muchas veces me han dicho que dónde tenía la cabeza cuando me le emparejé por primera vez para dejarle saber que me gustaba; me preguntan que

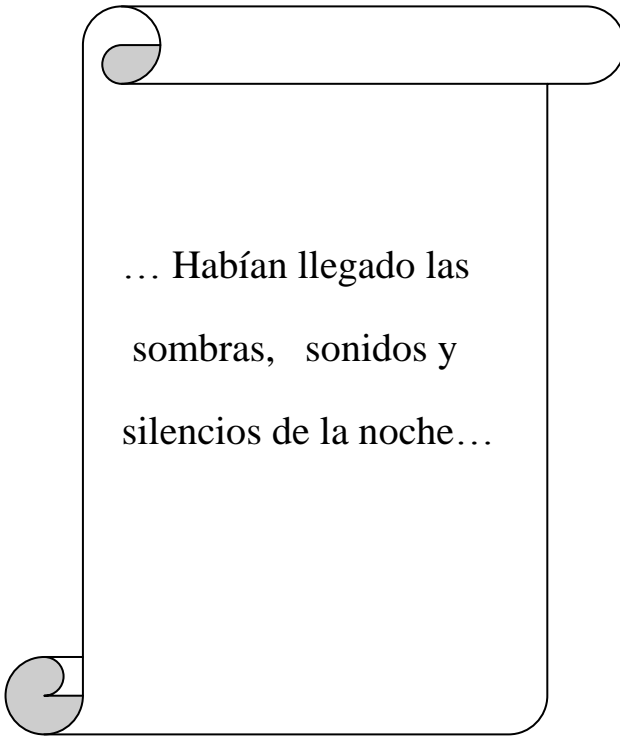


en qué estaba pensando cuando la hice formal, si se considera que desde mozuela pintaba que era rete *chincualuda*. Y luego me dicen que recuerde cómo fue desde antes que se fuera conmigo. Y les da por atraer aquello de cuando apenas tenía quince años, que la veían ir y venir en la arena a lo largo de la playa, ahí frente a los turistas, con su batea en la cabeza repleta de rebanadas de fruta, y caminar *zarandaque* que lucía mientras miraba de reojo a los hombres que volvía boquiabiertos. Se siguen con aquello de cuando tenía más años, de cuando le daba por coquetear y lanzar su pregón: “¡agáaarreme... la... papaya...!, ¡Fresssquesita!, ¡agárrela!, ¡cómprela...! ¡Agaárrelaaa!”, al tiempo que atraía miradas y piropos pícaros que se le prendían al cuerpo joven y bien formado de piel morenita *apiñonada* que Dios le dio. Y no falta a quien se le suelte la lengua con *decires*: que si fue novia de fulano, que si fue de zutano y también de

mengano; que si se la llevó éste por el estero de La Colorada; que la vieron con otro por La Salinita; que juran haberla visto acompañada de no sé quién por los recodos de El Tamarindal, y que hasta un forastero la recogía en el paraje de La Estación para desaparecerse ambos en no sé dónde.

“... Cuando terminan de decir todo aquello, yo también me pregunto: ¿qué estaría pensando y en dónde tendría la cabeza cuando me dio *por arreglarme con ella*? Pero no encuentro la punta del hilo a la madeja de mis razones; nomás me acuerdo, como les dije, de esa manera de platicar y modo bonitos que tiene para el amor, y me invade un cosquilleo en el cuerpo; de ahí no paso, se me nubla el pensamiento, me vuelvo sordo, ciego y mudo. Y otra vez me da por pensar en ella; de cuando le robé el primer beso por los recodos de la laguna; de cuando fui motivo de envidia de más de dos porque

era novio de la más chula del pueblo; también me da por pensar en nuestro casorio: dos días con sus noches de jolgorios sobre la arena, bajo los rayos candentes del sol o la claridad lunar, en la frescura de la brisa o vientos de la laguna, en la tibieza de arboledas y enramadas donde campearon música, alegría de bailarores y brindis avivados por ese ir y venir de lancheros acarreando *gentillales* que venían al *convite*; y, lo de nuestra primera noche con ella, con sus sabrosuras que fueron más, las mismas que no olvido, y otras cosas que no les cuento para no faltar a mi discreción de hombre, pero que las traigo prendidas al alma”.





## LA ABUELA ZENAIDA

*“... Los ecos del paisaje matutino se le habían quedado a la abuela Zenaida en los oídos, y su mirada, en apariencia perdida, prendida a lo largo del montículo de arena delimitado por aguas de la mar y la laguna; desde que el sol había filtrado su calor entre el follaje del bocote, el mangle y la palmera; desde que se había ido la chocoyota por el borde de*

*la barra arenosa con sus pasos de tórtola y su boruca de urraca en primavera; desde entonces, bien lo tengo presente, como si lo estuviera viviendo junto a ella y la tía Rosenda, que resultaba ser la tía-abuela de toda la familia, quienes estaban acompañadas de la ñetita Mercedes, más conocida como la pochunca. Ahí se encontraban las tres mujeres con su trajinar y esas cosas que hacen quienes tienen el negocio de las enramadas en la playa para atender a la gente que viene a divertirse. Ahora verán que, como les digo, aquello lo recuerdo requetebién como si las estuviera escuchando: “Bajo la enramada se oía la resopladera de la lumbre debajo de la hornilla y el chirrear de la masa moldeada por hábiles manos que la dejaban caer en el comal chamuscado; se metía por las narices ese sabor a maíz y nexayote tostados, el aroma de hierbas de olor y el picante entreverado con los guisos. ¡Era como una fiesta! Pero La*

*vieja Zenaida estaba como ausente: seguía mirando para allá, sobre lo alargado de la barra arenosa. Recordaba la regañina y reatazos que le había dado esa mañana a la hermana menor de la pochunca...*

*“... Habían llegado las sombras, sonidos y silencios de la noche. Pero, para Zenaida, la abuela, sólo había un eco en su ser: “ella no regresó”..., ella no regresó”. Esperó,... se quedó asida al tabaco y humos de su puro, y a la soledad y ansiedad que le produjeron la espera inútil. ... acudieron vivezas en su memoria, deseos de repasar su vida, de recordar cómo había sido... recordar cuando tenía dieciséis años y había conocido a Zenón; cuando le habían brotado las ganas de estar junto a él...*

*“... La luz del día la sorprendió, esperándola, sentada en su sillón de bocote; después, con unos tragos de café que le calentaban el estómago, y el puro*

*encendido pegado a sus labios, emprendió su camino por la playa, por la orilla de las arenas pobladas de enramadas. Tuve ganas de decirle que no fuera, que se quedara quieta, pero nomás de verla tan decidida, preferí quedarme callado, sólo cuidándola desde lejos.*

*“... Pienso que ella, no obstante saber que en cosas del corazón no se manda, fue a buscarla; porque pensaba que sufría la chocoyota de quince años. Quería “quitarla,” pero en sus pensamientos también había la idea de que debía “dejarla”. Por eso se plantó curiosa frente a la cabaña de los padres del novio de su ñetita, la menor, hasta que, por una rendija del cerco de palapa, la vio en el traspatio, abrazada al cuello del muchacho; él habrá tenido unos dieciocho años; la miró que se pegaba como ventosa, como piel queriéndose meter a la piel, como si hubiera querido respirar el mismo aire que aspiraba aquel*



*hombre semejante a su marido Zenón; la observó que se le pegaba a él como si sólo así se le calmara el calor que la avivaba por dentro. No recuerdo qué tiempo estuvo ahí, creo que fue poco porque luego la vi que regresó por el mismo camino. No le importó que para esa hora la gente murmurara al verla pasar.*

*“... aventó un escupitajo que llevaba sabor a tabaco, y siguió rumbo a su enramada. Como si nada hubiera pasado, empezó el día con alegría, encomendándose, según su decir, al Señor Sacramentado, para que le enviara gente con ganas de divertirse, que al fin, ahí estaban la tía-abuela Rosenda, su hermana, y la pochunca, su ñetesita, para ayudarla; y, en medio de esto, el recuerdo renovado de su marido, el difunto. De esto que les cuento ya tiene mucho tiempo. Pero, aunque así sea, a mi no se me olvida, y menos lo que pasó entre*

*Rosenda y yo, en aquellos años de mi juventud; eso aunque no se los cuente, lo traigo aquí adentro como si ayer hubiera pasado”.*



## ***TATAGÜELO***

“... Aún así se veía bonita, ¡muy bonita! Como para no creer que mi *güelo*, un viejo sesentón, la hubiera convencido para tenerla de querida, y parida; pero creo que es por lo que decían algunas mujeres del pueblo: “*El hombre tenía una*

*forma bonita de querer*”. Y yo me puse a pensar que sólo que fuera por eso...

“... ¿Qué cómo fue lo él? Pues,... verán, aquello de *la Lola* tenía mucho tiempo de haber sucedido... Nadie conocía sus cosas, era muy reservado, pero lo cierto es que, repentinamente se vio venir *La Cariñosa* seguida de otras canoas conducida por pescadores que remaban fuerte; luego se acercaron los *mujerales*, empezando éstas a rezar desde antes que los hombres bajaran al cuerpo; ahí estaban ellas con sus pies mojados sobre la arena aspirando el aire con tufo mortuorio; también se acercó la *muchachillada* que no paraba de correr alrededor del *gentillal* que se arrimaba para enterarse de los pormenores al tiempo que repicaba la campana *llamando a muerto...*” ¡Fue un acontecimiento que sacudió al pueblo!; más que por él, pienso que fue por ella que para esa hora ya la habían enterado, como les digo, *de*

*sopetón*, diciéndole: “¡Gonzalita, se murió tu hombre!”

“... ¿Qué si me molesta hablar de ello? No, ¡qué va, para nada!, sólo me saca de quicio que ahora vengan con su “*hubiera*”, y con su hipocresía que dizque la quisieron; que dizque están aquí porque la extrañan mucho; pero, yo sé que más que eso, vienen para pasear sus vanidades disfrazadas con trapos de luto; vienen cargados de flores para que los vean en el pueblo, para que se diga que estuvieron *el día de muertos*; como si con eso de venir una vez cada año a la tumba de ellos fuera suficiente para lavar los remordimientos que llevan por el olvido y alejamiento que demostraron cuando ella y él vivían; sólo es eso lo que me saca de quicio, que, por lo demás, como verán, estoy contenta porque ella está aquí sepultada, como lo pidió, junto a mi *güelo*; sin importar que le haya hecho sufrir con sus devaneos, porque, como dicen algunas mujeres del

pueblo: “*él tenía una forma bonita para querer*”, y entonces, como les dije,... pienso que sólo que sea por eso que lo quiso mucho...”



## DOMINGA

“... No es que quiera hacer de una cosa pequeña algo grande, pero da el caso que me impresionaron sus ojos y su forma de mirar, como si hubiese querido decir algo con ellos. Luego que me le acerqué, estiró su cuerpo y buscó el olor o calor de mis manos. Sentí que pegó su aliento a mi piel de una manera tan especial que creí entender que quería que percibiera que estaba llena de vida; tuve la sensación de

que quería decirme algo más. Fascinado por su presencia me fije con detenimiento en ella. Además de sus ojos bonitos, su piel era suave y de un color hermoso. Me imaginé cómo sería verla correr en el campo cerril, cómo su cuerpo alcanzaría salvar los obstáculos, cómo serían sus grandes saltos y sus retozos, y hasta me pareció verla entre el follaje, parada ahí, casi estática, y en veces en movimiento con lucimiento de sus ojos guardianes. La vi tan bonita, que también imaginé verla con su compañero, haciéndole galanteos, persiguiéndola y procurándole caricias como para darle a entender que estaba de ella prendado. Yo había conocido a otras, pero la verdad, nunca había visto a una tan bonita. Supe, por comentarios que llegaron a mis oídos, que se llamaba Dominga. No pregunté por qué ese nombre. Me agradó que así hubieran decidido nombrarla. Pensé que la palabra “dominga”, en refiriéndose a ella adquiriría más fuerza, y hasta belleza expresiva.



Comparé su nombre con el de grandes personajes. Sentí, en pocas palabras, que había sido una buena elección, llamarla así: ¡Dominngaa! Esto que les platico ya tiene un buen rato, creo que mucho tiempo ha transcurrido como para que se me hubiera olvidado, pero la verdad, aquí la traigo metida, como dicen en mi pueblo: “entre ceja y ceja”. No se me olvida. Una noche desperté sudoroso. ¡Soñaba! Pero más que sueño, éste me había parecido realidad, porque de pronto la vi venir, así de bonita, con sus grandes ojos, su cara espigada, cuerpo esbelto y piel suave y sedosa; se acercó y me empezó a reprochar, me echó en cara que había sido insensible a su lenguaje, al único que utilizó para darme a entender su angustia; me llamó de muchas formas porque.... Me gritó muchas cosas, creo que hasta poco hombre me llamó. Recuerdo que yo no le contesté nada... De todo lo que me dijo, lo que más me impresionó fue aquello que sonó como

sentencia: “una cosa te digo, óyelo, jamás me podrás olvidar”; y en eso tenía razón, porque como les dije, la traigo metida en el alma; tanto que, cuando veo a otras, luego busco si es una de ellas o si se les parece; me fijo bien si alguien tiene los ojos como ella, o si tienen por casualidad el mismo andar y ese movimiento de cuello altivos que la caracterizaban. Y cosa curiosa también, en muchas ocasiones que dormito, me parece sentir de pronto su aliento lleno de vida pegado a mi piel. Se los cuento para ver si con ello logro alejarla de mi memoria y hacerle entender que sí acepte sus reclamos, sobre todo en eso de que no hice lo necesario para aliviar sus angustias y cambiar su destino...”



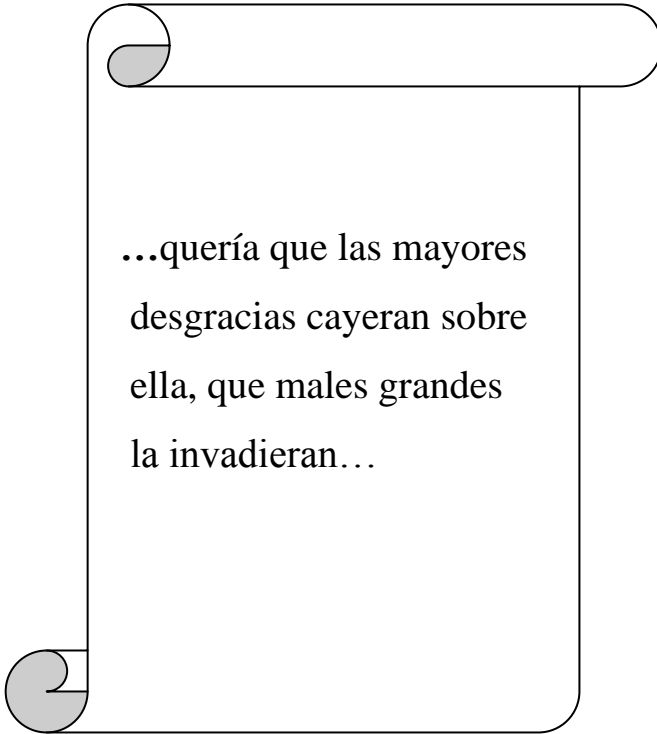
## EL ADIÓS

*“... Soledad consideró que no debía escuchar más, cortó la conversación que*

*se había convertido en monólogo, y depositó en las manos de doña Rufa un billete y le deseó salud. La anciana le agradeció y correspondió con bendiciones y expresiones de buenaventura. Gloria la esperaba en la acera de enfrente.*

*“... Cuando ambas han alcanzado la amplitud de la calle, escuchan, procedente del interior de un automóvil en movimiento: un “¡adiós, chinis!,” una expresión de alguien que deja escapar su euforia en movimientos que imprime a uno de sus brazos. El llamado sorpresivo, atrae a Soledad, y aunque de inmediato no distingue la identidad de quien menciona con empeño su sobrenombre, después de asociar el sonido de la voz y manera de nombrarla, un vuelco le sacude las entrañas. No sabe qué hacer, si levantar los brazos para corresponder a ese júbilo o gritar como lo hace el de la voz. A fin de cuentas sólo ríe y con ello*

*guarda la añoranza y conserva viva la imagen del muchacho de los pantalones huangos de quien desconocía su destino... No hace aspavientos se limita a proseguir su andar llevándolo en el recuerdo. Ahora confirma que sin haber rompimiento ni abandono, cada quien se llevó su amor, el de uno hacia el otro; cada cual su soledad, la soledad que trae consigo la imposibilidad de estar donde no se puede estar; ahora confirma que en cada encuentro ocasional que haya se removerán sentimientos, tal vez se resarzan heridas o éstas se reabran, porque en cada momento de coincidencia que se dé en el transitar de ambos, en el que se susciten un saludo, una conversación breve o un adiós, se palpará lo imposible, algo inalcanzable que fortalecerá esos vínculos de amor soterrado que los consume...”*





### ***DIOS NO CUMPLE ANTOJOS...***

“... Por eso cuando me avisaron que se había marchado sentí coraje y la maldije. ¡Sí! Pero ahí está que, pasado un tiempo apenas el necesario que se necesita para

bajar un berrinche, un montón de sentimientos encontrados me invadieron. ¡Cierto! No les miento, quería que las mayores desgracias cayeran sobre ella, que males grandes la invadieran... que esto, que lo otro la atosigara, pero, ahí está que, también quise que viniera, que de pronto apareciera junto a mí, que yo por mi parte –pensé– la recibiría como si nada hubiera pasado; pero, como bien dicen: “*que Dios no cumple antojos ni endereza jorobados*”, pues ahí nomás quedaron arrebatos y deseos.

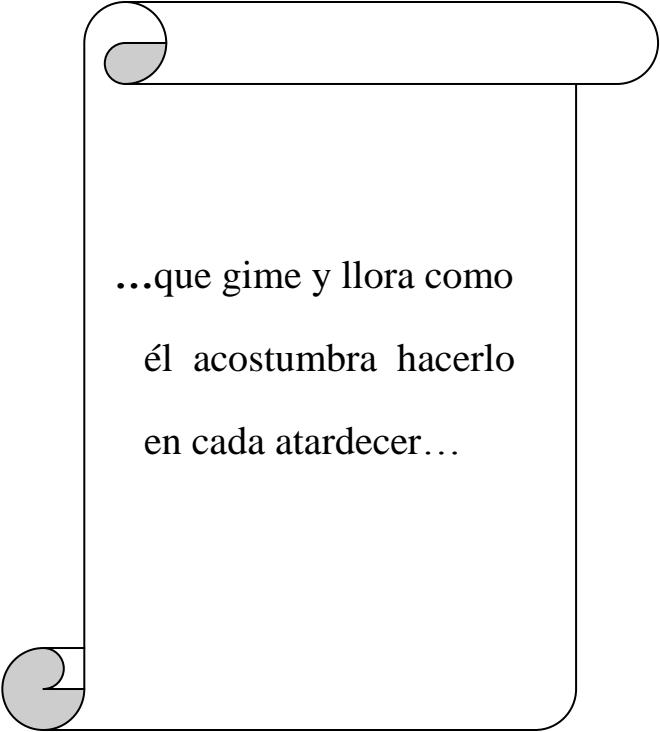
“...Ahora que me cuentan que la han visto, y no obstante que dicen que le ha dado por alardear amoríos que no suma porque ha perdido la cuenta de cuántos y cómo los ha tenido; sosegado, me digo para mis adentros: “aunque así sea, porque la mera verdad es que la traigo metida en el alma”. Y, otra vez me da en pensar en ella; evoco su cuerpo bello y joven, añoro su rostro iluminado por



grandes y azules ojos que guardan destellos febriles junto a esa nariz portentosa de aire majestuoso, y esos labios sensuales pródigos a decir “te amo”. Y, entonces, también me parece recordar lo que pasó cuando de pronto se le fue la alegría, cuando ya no quiso ver la inmensidad del mar, ni el ajeteo en la laguna; tampoco el filón arenoso de La Barra y sus enramadas, y le brotó un aire desdeñoso hacia mi canoa, utensilios y faenas de pescador como si de pronto le hubieran hartado, y sí, en cambio, le vino aquella inquietud que la hacía distraída, ese suspirar que le ahogaba como si le faltara vida, y su afición a dejar prendida la mirada en luces que a lo lejos coronaban crestas del caserío en la ciudad. Por eso, ahora que me dicen que la han visto con cara pintarrajeada, vestido floreado, zapatos de tacón alto y bolsa que columpia en el hombro; llego a pensar que tal vez sea mejor así, ¡que sea feliz!, si es que lo es; que haga su vida,

que siga su camino y yo el mío; que ame a alguien como tal vez me amó, o que simplemente viva como quiera vivir. Pero, luego, también pienso que yo todavía la puedo hacer feliz, que valdría la pena intentarlo, y que por ello hasta dispuesto estaría a olvidar que se fue; olvidar que estuvo con alguien más, y que su cuerpo fundió como lo hizo conmigo. ¡Ya sé! ¡Sí!, ¿sí! Piensan en el “qué dirá la gente”; pero aunque así fuera, ¿qué importa, si yo, como les dije, la quiero? Por eso, sin pensar en el *qué dirán*, estoy aquí con mis pensamientos que de pronto se nublan y me encadenan; estoy en la oscuridad de la noche, en el balbucir de aguas del mar y la laguna, con la mirada fija en lejanías y luces que provienen de la ciudad; estoy metido en torbellinos que me invaden al evocar la manera de platicar y el modo bonitos que tiene para amar; estoy sobre la arena, escuchando murmullos, sin importar que lo mío sea cariño o simple costumbre que me haya

nacido de ella, de su manera y modos que tiene...”

A decorative scroll-shaped frame with a grey shadow on the top-left and bottom-left corners. The text is centered within the frame.

...que gime y llora como  
él acostumbra hacerlo  
en cada atardecer...



## TAMITOS

“...Perdonará que no le diga gran cosa de él, porque no sé los pormenores de su vida. Sé que le dicen *Tamitos* por aquello que cuenta y que da a entender que su maíz fue picoteado por los gorgojos. Esto que le comento tómelo como *decires*, relajos, carajadas de la muchachada de este lugar que le da por poner apodos a la gente. Como le dije, disculpe que no la saque de dudas. Más vale que se

encamine hacia las enramadas, que se apresure a buscarle, que vaya por ahí por donde acostumbra estar cuando empieza a oscurecer. ¡Vaya! Seguro estoy que lo encontrará. ¡Ah!... Olvidaba decirle: tenga cuidado, que no se le ocurra decirle *Tamitos*, que no se le ocurra hacerlo porque le provocaría enojos y usted no saldría librada de ellos. Preferible es que se acerque y se comporte como si estuviera en las mismas condiciones de él; que vea que usted también hace figuras de arena, y mira por largo rato los tumbos del mar; que habla y ríe como si en verdad conversara con alguien; que gime y llora como él acostumbra hacerlo en cada atardecer, y que también le da por contar cosas que imagina o vivió... ¡Vaya!, señorita, vaya... Seguro estoy que lo encontrará como la mayoría de las veces que lo he visto: en cuclillas sin importarle palabreríos, risotadas y bullas de los *muchachales* que vienen a ver sus *haceres* y escuchar su *decires*. ¡Vaya!...

¡Acérquese! Verá que está sobre la arena con semblante saturado de ayunos y mirada perdida en ajetreos del mar embravecido. Verá en su piel caminos, surcos, sombras de soles y ecos de ayeres vividos, y en su barba y cabeza vestigios de inviernos peregrinos. ¡Vaya! ...No tema, no se deje llevar por el aspecto de aparente abandono que a primera vista ofrece su figura. Acérquese, luego notará que no hay hedor en su cuerpo; más que eso, aspirará en su entorno humores, olores tufos de tierra preñada por el mar y soles de mediodía... ¡Vaya!, luego saldrán a relucir mitotes, los que se dicen de él; sabrá que un día llegó como si viniese con las luces del amanecer, después de una noche de tormentas; que arribó caminando con paso lento, pero firme, marcando huellas sobre la arena humedecida de la playa; que llegó como si este fuera su destino, y que aquí se quedó frente al mar como si esperara a alguien; sabrá que se formaron *argüendes*

que todavía entran y salen de palaperos y enramadas; mitotes que van y vienen como zumbar de insectos en vuelo. ¡La pura habladoría que perdura! Sabrá de lo que se dice que son sus locuras por aquéllo de que habla con el sol, la luna, las nubes, los vientos y las estrellas; que ríe y llora mientras moja sus pies en aguas del mar o la laguna; que se prenda de luces suaves de los amaneceres y destellos rojizos de los atardeceres; que su oído busca susurros en recovecos del manglar y los palmares... ¡Vaya!, verá que es un ser raro que está ahí como hombre de arena, un hombre de voces que desentierran recuerdos, cosas que yacen dormidas, o deambulan despiertas en el polvillo arenoso de este montículo que se levanta, angosto y largo, entre el mar y la laguna. ¡Vaya!, acérquese, vea que está con su hablar, *decires* que se meten en uno y se quedan como desvarío y, la mayoría de las veces, como susurros, como murmullos,...





## **EL JARDÍN**

“... Es bonito, muy bonito mi pueblo; pero si de estar se trata, prefiero permanecer, como lo he hecho, en esta

Loma de los Muertos, en donde encuentro disfrute para mis sentimientos y emociones.

“... Otros momentos de recreación y evocación los hallo cuando visito La Casona de mi tía Pola. Encuentro en ella por ahí desperdigados, recuerdos de mi niñez y juventud. Aunque muchos de ellos se fueron con los objetos que entretuvieron mis ratos de fantasía, quedan aún algunos prendidos a lo que es la vieja construcción hecha de adobe y techos de tablones cubiertos con teja. De ella están todavía: el portón con sus enormes argollas que servían para abrirlo o cerrarlo, perdurando en él su aldabón y el *palotranca* que lo aseguraba por dentro; en el viejo traspatio quedan vestigios de las enormes trojes, *mediaguas*, corredores rodeados de pretilos, macetones cubiertos de helechos y botes rellenos de tierra de cerro de donde pendían “colas de borrego”. Pero

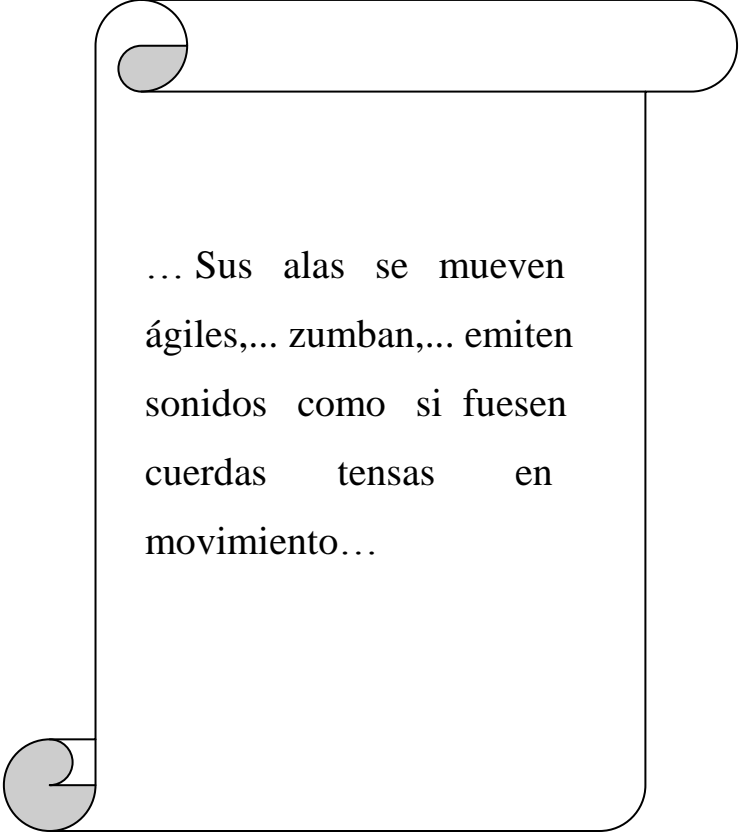
ya no se escucha el cucú de torcazas y palomas horeras, tampoco el jolgorio del gallo en su gallinero, ni arrumacos de pichones copetones, ni mugidos en el corral, ni relinchos en los pesebres y gruñidos en los chiqueros. De los árboles que prodigaban frutos y sombra, ya no están el chirimoyo, el tamarindo, el zapote negro, el toronjo y menos el chicozapote y la lima reina. Ya no mitigan su sed los gorriones, chuparrosas y saltaparedes en la fuente de cantera que se apoltronaba en el centro del Pabellón de los Gemidos, porque ya no existe.

“... Desaparecieron también la pitahaya que se encaramaba en el viejo huamúchil, el titipanzin con flores rojas que simulaban aretes, el tezpancololi con sus penachos amarillos, el izote con sus racimos de flores blancas y hojas largas como machetes, el nopal con sus coronas de tunas moradas, las fofas peperuchas que habitaban junto a la cerca, los

limoneros agrios y dulces, el naranjo de caldo, el granado con sus frutos rojizos y agrietados, el carrizal y los quiebra platos silvestres, las enramadas de chayotes y estropajos colgantes, y la siempreviva con sus flores de diferentes colores. En el área privada de ese caserón, lo único que está es el jardín de mi tía Pola. En él se recrean buganvillas, adelfas y tulipanes; crecen rosas, nomeolvides y amor de un rato; se extienden, con sus enredaderas y flores, la mandevilla y la llamarada; la monedita trepa por las paredes; se columpian racimos de begonias, copas de oro y bolas de fuego, y, en un rincón, se muestra hermosa la nochebuena ante la bella de noche que crece junto al plúmbago. Cerca de los anturios, lucen las gardenias y crotos verdes o rojizos. Todo bajo el cuidado de mi Tía. Por eso, cuando quiero recrear mis recuerdos, voy a visitarla y, de paso, corto algunas de sus rosas: reunión de señoritas, labios de mujer o sangre de cristo. A cambio de

ellas le llevo un ramo de margaritones, perritos, viudas, mercadelas, corona de cristo, nubes, terciopelo o varas de san José, cultivados en los campos de este pueblo.

“... Le ha dado en decir que le agrada que la visite, porque, además de recibir mis flores, recrea, junto a los míos, sus recuerdos de cuando La Casona era habitada por todos los que en ella vivimos. Eso de que yo “la visite”, es sólo un decir de mi tía, porque desde que me doy cuenta, estoy enraizado a ella y a su casa; de ahí que mis ausencias sean sólo para deambular por las calles del pueblo, en ocasiones aventurarme en sus alrededores cubiertos de sembradíos que semejan mosaicos floridos o, también, venir aquí y encaramarme en la tumba de mi tío Trinidad para meterme en mis cavilaciones que a fuerza de tanto platicárselas a él, pienso que comprende mi vida andante y mundana...”



... Sus alas se mueven  
ágiles,... zumban,... emiten  
sonidos como si fuesen  
cuerdas tensas en  
movimiento...



## DOÑA LEOPOLDA

“... En el interior de La Casona impera el silencio, un silencio que de vez en cuando es alterado por gorjeos, bullas y aletear de pájaros. Repentinamente, en la visión que conforman follajes y flores, se mira un colibrí de plumaje terso y tornasolados matices. Sus alas se mueven ágiles,... zumban,... emiten sonidos como si fuesen cuerdas tensas en movimiento.

Su pico, largo y puntiagudo sustrae néctares, y la figura que delinea su cuerpo diminuto, parece estar suspendida sobre el fondo amarillo terroso de la corola de un girasol gigante. Doña Leopoldina Peláez Ventura, mujer entrada en años, quien aparentemente dormita en la comodidad de la poltrona que Jerónimo Gatica, El Colorado, asentó en medio del jardín, disfruta la presencia de la avcilla; se percata de su belleza mientras la mira de reajo para no asustarla y evitar que se ausente, que se aleje como fugaz suspiro que ahueca el alma; sólo murmura: ¡pícalas, bandido,... pícalas!

“... Genoveva Santamaría, su ama de llaves, cocinera y cuánto más se necesita para mantener orden y limpieza en las estancias que se ocupan, la observa, escudriña el entorno al tiempo que su cuerpo de piel surcada por tiempos vividos, se estremece con sentimientos



entreverados de alegría, tristeza, nostalgia, ...”

-O-

“... Cara y cuerpo de mi tía Pola, aunque llenos por las opíparas y constantes visitas a su mesa de cocina, guardan rasgos de mujer bonita y bien formada... Cuando la miro sentada en su poltrona, con sus lentes a medio tabique nasal, con mandil amplio y de coloridos dibujos que ornan repulgos y holanes de tela cuidadosamente zurcida, disfruto su presencia. La veo como reina, ama, señora dueña de sus peculiaridades. Nada a su lado es incongruencia. ¡Todo es esencial en esa casa! su casa. Llegué a pensar que siempre estaría en ese entorno, que el canasto con sus ajuares de costurera esporádica también estaría ahí

junto a su cuerpo, y que el dedal, la aguja y el hilo permanecerían siempre en sus manos hilvanando calabrotes, encajes y puntas sobre cuadrillés y telas algodónadas, a manera de lo que en otros tiempos fue su existencia: hilvanadora de vidas y de anhelos...”

-0-

“... Quiero pensar que tía Pola sería otra persona, si no hubiese quedado huérfana, si el zapatero aquel del que habló no hubiera abusado de su inocencia. Seguro estoy que no hubiera tenido necesidad de reunir ni comandar a sus muchachas. Sin temor a equivocarme, creo que otra cosa sería de su reputación como mujer, si hubiese tenido a alguien que la hubiera fortalecido, que la hiciera mujer de hogar; por eso y por otras razones estoy

convencido de que sus resquemores tienen justificación, y que si su vida se ha consumido en eso de procurar desahogos amorosos a los hombres, es porque no le quedó otro camino, y se vio obligada a dedicarse a una ocupación que la llevó a hermanarse con quienes la gente del pueblo ha dado en llamar *muchachas malas de doña Pola ...*”

-0-

“... Han dicho que cuando muera se irá a los puritos infiernos. Yo creo que no será así, porque ha dado servicio a los del pueblo, juntando a todas las muchachas de las que trabajan en lo de ella, poniéndolas en un solo lugar para que no anduvieran desperdigadas a la buena de Dios. Además, ¿Cómo que se refundirá en la hoguera destinada a los pecadores?”

¿Cómo? ¡No, eso no puede ser!, porque siempre estuvo y está al pendiente de lo que le hizo y le hace falta al señor curita. Ahí está él, que diga si miento... Me han dicho que yo también me iré al infierno porque no voy a misa ni le he querido confesar mis pecados a él pero aunque así sea, no tengo miedo. Yo quiero irme adonde se vaya mi tía; donde esté, estaré contento; más estaré si están *La Trapitos, La Coloretas, La Zacatonta* y todas las demás porque, como les dije: fueron o son mujeres buenas, y eso seguramente cuenta de manera positiva en eso de irse o no al infierno...”



## *MOSTRENCO*

“... La presencia de Mostrenco en la Loma de los Muertos, ha generado rumores en los adultos y curiosidad en los niños y jóvenes. “Está en sus días... Seguramente le va a dar” -dicen con desdén como si estuvieran acostumbrados a algo que con frecuencia se observa en él.

“... Ayer la muchachada no logró su propósito. Se fue como vino, con su desparpajo y algarabía, dejando a Mostrenco metido en sus cavilaciones. Hoy, como lo había prometido, regresó trayendo nuevamente su boruca; trajo bastimento: fruta, panes y otros comestibles que yacen junto a los pies de él.

“... Mostrenco se mira ojeroso, lastimado por los rigores, por las vigiliass que ha sufrido durante las noches que lleva encaramado: ya en cuclillas ya recostado o aletargado sobre la tumba de su Tío Trinidad, pero, aunque esté como está, muestra agrado y agradecimiento a quienes lo visitan.

“... Bromas y preguntas lo circundan, lo copan. Él, comenta, contesta, ríe. Sus palabras fluyen como si al pronunciarlas encontrara desahogo emocional.

“... No le agrada que lo llamen “Mostrenco”, pero contrario a su habitual proceder de cuando deambula en el Pueblo de la Loma, aquí deja que lo llamen como quieran llamarlo porque a fuerza de escuchar que le dicen “Mostrenco aquí, Mostrenco allá, Mostrenco por acá”, le ha encontrado significación a esa expresión que, aunque lo lastima, tiene mucho de apego a sus querencias... ¡Es más!, a fuerza de escucharla, ya no entendería si alguien lo nombrara de otra manera.

“... Repentinamente, alguien despierta sus enojos: intenta escarbar en su vida, quieren saber quién lo parió a sabiendas de que doña Leopoldina Peláez Ventura lo rescató de un muladar cuando apenas gateaba y lo trajo al Pueblo de la Loma. Eso le produce enojos y manda al carajo la convivencia... “¡No tengo más madre que ella...!”- se le escucha gritar.

“... Otra vez se han ido sin habérselo llevado. Se han retirado en desbandada *como alma que lleva el diablo*... Queda en su silencio, y a la par de que se muestra pensativo, ido, meditabundo..., pensando en su tía y las muchachas que trabajan con ella, bajo la cáscara, en la parte superior de una cruz añosa hecha de *palodulce*, ruidos leves, a manera de cuando se arrastra basura, anuncian la presencia de algo viviente: súbitamente sale de entre ésta un alacrán macho enarbolando su agujón en lo alto de su cola, y tras de éste una hembra llevando treinta y tres crías sobre su cuerpo, el fiero animal avanza con dificultad, pero con rumbo fijo.

“... Ha transcurrido el tiempo llevándose el atardece, y trayendo sombras que fenecieron en el despertar de un nuevo día. Y a lo lejos retumba una vez más la algarabía de la muchachada que viene a



La Loma de los Muertos en donde reina el silencio... el silencio de los muertos...”



**Son fragmentos a manera de guijarros multicolores extraídos del cauce de un arroyuelo impregnado de aconteceres, desasosiegos, amores, desamores y añoranzas engarzados en el andamiaje de la prosa llana y en veces poética del autor.**